

LOS POBRES Y LA TEOLOGÍA EN LA NOTIFICACIÓN SOBRE LAS OBRAS DEL P. JON SOBRINO

RESUMEN

El autor propone brevemente una adecuada interpretación del número 2 de la reciente *Notificación sobre las obras del P. Jon Sobrino*. Ofrece un marco adecuado para que dicha *Notificación* no impida seguir desarrollando una firme opción por los pobres y una teología que la sostenga. Muchos aportes de la teología en América Latina –y también de algunos documentos del Episcopado argentino– suponen la legitimidad de una reflexión desarrollada “desde” la vida del pueblo. Para defender esa opción ante las advertencias de la *Notificación*, el autor establece una distinción entre “punto de partida fundamental” y “contexto inmediato ineludible”.

Palabras clave: opción por los pobres, teología de la liberación, Jon Sobrino, América Latina, Notificación.

ABSTRACT

The Author briefly proposes an adequate interpretation of n. 2 of the recent *Notification on the works of Father Jon Sobrino*. He provides the context within which this *Notification* won't be an obstacle for the development of a firm option for the poor and a supporting theology. Several contributions of Latin American Theology –as well as some Argentine Bishop's Documents– are based upon a legitimate reflection developed “from” people's life. In order to defend this option vis à vis the warnings of the *Notification*, the Author establishes a distinction among “fundamental point of departure” and “unavoidable immediate context”.

Key Words: option for the poor people, liberation theology, Jon Sobrino, Latin America, Notification.

Me detendré brevemente en tres párrafos de la reciente *Notificación* sobre las obras de J. Sobrino. Sin entrar en las cuestiones cristológicas centrales, sólo comentaré lo que se refiere a los *presupuestos metodológicos* (n. 2 de la *Notificatio*). Se trata de una cuestión clave para la teología latinoamericana. Por fidelidad a mi responsabilidad como teólogo en América Latina, no puedo dejar de ofrecer sencillamente mi reflexión al respecto, si bien por el momento sólo puede ser breve y parcial. Creo que está en juego la continuidad de un aporte original de la vida y de la reflexión desarrolladas en nuestro Continente –donde reside la mitad de los católicos del mundo– que no deja de ser un don del Espíritu para la Iglesia universal.

Los párrafos a los que me refiero son los siguientes:

«En su libro *Jesucristo liberador*, el P. Jon Sobrino afirma: “La cristología latinoamericana [...] determina que su lugar, como realidad sustancial, son los pobres de este mundo, y esta realidad es la que debe estar presente y transir cualquier lugar categorial donde se lleva a cabo” (p. 47). Y añade: “Los pobres cuestionan dentro de la comunidad la fe cristológica y le ofrecen su dirección fundamental” (p. 50); la “Iglesia de los pobres es [...] el lugar eclesial de la cristología, por ser una realidad configurada por los pobres” (p. 51). “El lugar social, es pues, el más decisivo para la fe, el más decisivo para configurar el modo de pensar cristológico y el que exige y facilita la ruptura epistemológica” (p. 52).

Aun reconociendo el aprecio que merece la preocupación por los pobres y por los oprimidos, en las citadas frases, esta “Iglesia de los pobres” se sitúa en el puesto que corresponde al lugar teológico fundamental, que es sólo la fe de la Iglesia; en ella encuentra la justa colocación epistemológica cualquier otro lugar teológico.

El lugar eclesial de la cristología no puede ser la “Iglesia de los pobres” sino la fe apostólica transmitida por la Iglesia a todas las generaciones. El teólogo, por su vocación particular en la Iglesia, ha de tener constantemente presente que la teología es ciencia de la fe. Otros puntos departida para la labor teológica correrán el riesgo de la arbitrariedad y terminarán por desvirtuar los contenidos de la fe misma».

Considero que estos párrafos sólo pueden entenderse adecuadamente en América Latina leyéndolos junto a otros textos magisteriales de mayor envergadura y profundidad, que quiero recordar brevemente. Aunque algunos de ellos están citados en la *Nota Explicativa* que acompaña a la *Notificación*, creo que el modo de recogerlos no termina de clarificar algunos malentendidos. A mi juicio, la recuperación de esos textos en este momento histórico es decisiva, ya que los citados párrafos de la *Notificatio* podrían ser inadecuadamente interpretados, provocando temores y excesivos cuidados a la hora de hablar de los pobres de nuestro

Continente, marcado “por *intolerables* desigualdades sociales y económicas” (Juan Pablo II, TMA 51), que “claman al cielo” (EiA 56a). De hecho, se advierte que la misma *Nota Explicativa* intenta evitar que la *Notificación* produzca los efectos indeseados que he mencionado, pero sin llegar a aportar una suficiente distinción que creo necesaria.

Organizaré la indispensable recuperación de los textos magisteriales a los que me refiero, en torno a dos cuestiones mencionadas en la misma *Notificatio*, que se hallan íntimamente conectadas entre sí:

a) Que en una “cristología *latinoamericana*” la realidad de los pobres debe “estar presente y *transir* cualquier lugar categorial” (expresiones de J. Sobrino).

b) Que la fe de la Iglesia, la “fe apostólica”, es el punto de partida “donde encuentra la justa colocación epistemológica cualquier lugar teológico”, excluyendo “otros *puntos de partida*” (expresiones de la *Notificatio*).

Entiendo que ambas afirmaciones son conciliables entre sí a la luz de los textos magisteriales que procuro rescatar a continuación.

1. Desde los pobres

Jon Sobrino afirma que, en una “cristología *latinoamericana*”, la realidad de los pobres debe “estar presente y transir cualquier lugar categorial”. Esta expresión, la primera que cita la *Notificatio*, debería ser rescatada si se la interpreta convenientemente. Creo que el marco adecuado está en *Libertatis Conscientia* 70, donde, refiriéndose a la reflexión sobre la liberación desarrollada en América Latina, la Congregación para la Doctrina de la Fe valora la contribución de una reflexión teológica desarrollada “a partir de una experiencia particular”. Es lo que con otras palabras expresó hace varias décadas el Episcopado argentino al decir que

“la Iglesia ha de discernir acerca de su acción liberadora o salvífica desde la perspectiva del pueblo y de sus intereses, pues por ser éste sujeto y agente de la historia humana, que está vinculada íntimamente a la Historia de la salvación, los signos de los tiempos se hacen presentes y descifrables en los acontecimientos propios de ese mismo pueblo o que a él afectan. Por tanto la acción de la Iglesia no debe ser solamente orientada hacia el pueblo, sino también, y principalmente, desde el pueblo mismo”.¹

1. CONFERENCIA EPISCOPAL ARGENTINA, *Declaración del Episcopado Argentino*, San Miguel 1969, VI, 4-5.

No debería olvidarse que estas afirmaciones toman en cuenta al pueblo concreto de América Latina, mayoritariamente creyente y católico.

Juan Pablo II, dirigiéndose a nuestro Continente, sostuvo que también la conversión cristiana y la catequesis deben plantearse de una manera *peculiar y distintiva* en América, debido a la realidad social que nos interpela. Sus expresiones al respecto son contundentes:

“Convertirse al Evangelio *para el Pueblo cristiano que vive en América*, significa revisar todos los ambientes y dimensiones de su vida, *especialmente* todo lo que pertenece al orden social y a la obtención del bien común” (EiA 27).

“En la catequesis será conveniente tener presente, *sobre todo en un Continente como América*, donde la cuestión social constituye un aspecto relevante, que el crecimiento en la comprensión de la fe y su manifestación práctica en la vida social están en íntima correlación” (EiA 69).

Si hay razones para que la misma conversión y la catequesis deban asumir características propias a partir de la situación que caracteriza al Continente, sin duda habría que decir algo análogo acerca de la reflexión teológica desarrollada en América Latina, porque el pensar está siempre situado.

Ya lo expresaba el Concilio Vaticano II cuando pedía que “*en cada territorio socio cultural se promueva aquella reflexión teológica que someta a nueva investigación, a la luz de la tradición de la Iglesia universal, los hechos y las palabras reveladas de Dios [...] Así se verá más claramente por qué caminos la fe puede llegar a las inteligencias, teniendo en cuenta la filosofía o la sabiduría de los pueblos*” (AG 22).

2. La fe de la Iglesia

La *Notificatio* sostiene que la fe de la Iglesia, la “fe apostólica”, es el punto de partida “donde encuentra la justa colocación epistemológica cualquier lugar teológico”. Por supuesto. Ciertamente, para nosotros los cristianos, la sola observación ocular de la realidad económica y sociológica de los pobres no ofrece un punto de partida adecuado para la reflexión teológica en América Latina. Es indispensable partir de convicciones creyentes que hemos bebido y asimilado profundamente en el seno de la Iglesia. Los obispos argentinos han sostenido que “*antes que una realidad sociológica, económica o ideológica, el pobre es una realidad*

teológica”.² Esa fe de la Iglesia, que ofrece un adecuado punto de partida, implica lo siguiente:

a) Que cada ser humano ha sido creado por Dios, Padre de todos, con un proyecto de dignidad y plenitud. También nuestros pobres, aunque sea difícil mostrar cómo esta convicción sea compatible con la situación actual de los excluidos.

b) Que todo ser humano es imagen de la Trinidad, por lo cual posee una dignidad sagrada e inviolable. Aunque la existencia cotidiana de nuestros pobres esté lejos de manifestar que esa dignidad esté siendo reconocida y valorada.

c) Que la fe cristológica –el misterio de la encarnación, la vida entera de Jesús, la totalidad de sus palabras y actitudes, su entrega redentora en la cruz y su presencia de Resucitado– es lo que mejor revela el valor y la dignidad de los pobres. Por eso, como ha expresado con tanta claridad Juan Pablo II, “*si verdaderamente hemos partido de la contemplación de Cristo, tenemos que saberlo descubrir sobre todo en el rostro de aquellos con los que él mismo ha querido identificarse*” (NMI 49). Este texto, que particularmente quiero rescatar, ayuda a mostrar en qué sentido la reflexión cristológica debería estar “transida” por la realidad de los pobres. De hecho, refiriéndose a Mt 25, 35-36, Juan Pablo II sostenía que “no es una simple invitación a la caridad; es una página de cristología, *que ilumina el misterio de Cristo*” (id). Así se advierte que, si bien la fe cristológica es el punto de partida fundamental, la presencia de Cristo en el pobre a su vez ilumina nuestra reflexión sobre Cristo. Siendo fieles a esta perspectiva de Juan Pablo II, no podemos decir que los pobres no puedan estar en ningún sentido *en el mismo punto de partida* de la reflexión cristológica. Se trata de una convicción que tiene consecuencias importantes para el discernimiento eclesial, ya que “sobre esta página la Iglesia comprueba su fidelidad como Esposa de Cristo, *no menos que sobre el ámbito de la ortodoxia*” (id).

d) Que el cristianismo pone el amor “en el centro”, asumiendo así “lo que era el núcleo de la fe de Israel” (Benedicto XVI, DCE 1). Esto implica que “cerrar los ojos ante el prójimo nos convierte también en *ciegos ante Dios*” (DCE 16). El amor de la Iglesia por los pobres está indefecti-

2. CONFERENCIA EPISCOPAL ARGENTINA, *Líneas pastorales para la nueva evangelización*, Buenos Aires 1990, 32b.

blemente conectado a la fe apostólica de la Iglesia, ya que “es determinante y pertenece a su constante tradición” (Juan Pablo II, CA 57).

e) Que el amor cristiano es inseparable de los deberes de justicia y equidad, flagrantemente contradichos por la situación de una inmensa multitud de pobres e indigentes en nuestro Continente, y que la Iglesia “no puede *ni debe* quedarse al margen en la lucha por la justicia” (DCE 28a).

f) En definitiva, las grandes verdades de la doctrina eucarística, de la mariología, de la eclesiología, de la escatología, de la moral y de la totalidad de la enseñanza católica, que aportan a nuestra visión creyente sobre los pobres una riqueza inaudita, conmovedoramente bella, dolorosamente interpelante y siempre inagotable.

3. El “contexto inmediato ineludible”

En este sentido, nadie puede dudar que la fe de la Iglesia sea el punto de partida fundamental de la reflexión teológica. Sin embargo, como se deduce fácilmente de lo dicho hasta ahora, eso no significa que sea la *perspectiva única y excluyente* en la cual nos posicionamos desde el comienzo para reflexionar.

La *Nota Explicativa* insiste diciendo que “el único lugar eclesial válido en la cristología, como de la teología en general, es la fe apostólica” (n. 3). Así, además de excluir otros “puntos de partida”, parecen excluirse otros “lugares eclesiales”. Considero que hay que entender que se descartan otros puntos de partida o lugares eclesiales en la medida en que se presenten como *alternativos* a la fe apostólica, pero no cuando se presenten como *complementarios* a ella y siempre sometidos a ella como criterio último.

Sobre todo, no significa que esa fe de la Iglesia no deba aparecer interpelada, *desde el inicio mismo de toda reflexión* de un teólogo latinoamericano, por la situación de los pobres –tanto en sus sufrimientos como en sus valores culturales y religiosos– de nuestro Continente. Por eso sostengo que podemos hablar del “punto de partida fundamental” –la fe de la Iglesia– junto con el “contexto inmediato ineludible” –los pobres– en la teología latinoamericana.

La Iglesia en América Latina, como sujeto adulto, tiene el derecho y el deber de seguir aportando a la Iglesia universal esta peculiar perspecti-

va. Así, la fe de la Iglesia universal se expresa “concretamente en sus comunidades particulares” (Puebla 373).

No es lo mismo reflexionar en medio de la comodidad secularizada del Primer Mundo, que hacerlo constantemente interpelados por el sufrimiento de tantos pobres que a la vez son creyentes cristianos. En este contexto se comprende la necesidad de una teología íntimamente marcada por la vida de los pobres. Se trata de una reflexión *que brota en medio de una situación de fuerte inequidad y de marginación*, por lo cual tiende a otorgar fundamento y motivación a la preocupación prioritaria por la liberación integral de tantos hijos e hijas de la Iglesia sumergidos en la miseria. Así procuramos que llegue a manifestarse alguna vez hasta qué punto la fe católica promueve integralmente a los pueblos:

“La Iglesia, guiada por el Evangelio de la misericordia y por el amor al hombre, escucha el clamor por la justicia y quiere responder a él con todas sus fuerzas. Por tanto, se hace a la Iglesia un profundo llamamiento. Con audacia y valentía, con clarividencia y fuerza de ánimo, con amor a los pobres hasta el sacrificio, los pastores considerarán *tarea prioritaria el responder a esta llamada*”.³

Esto implica reconocer que los evangelizadores no constituyen sólo una Iglesia “para” los pobres, sino también una Iglesia “de los pobres”, cuyo modo de presentar la doctrina no debería obstaculizar esta autoconciencia sino favorecerla:

“La Iglesia, que quiere ser en el mundo entero *la Iglesia de los pobres*, intenta servir a la noble lucha por la verdad y por la justicia [...] Y a los defensores de la *ortodoxia* se dirige a veces el reproche de pasividad, de indulgencia o de complicidad culpables respecto a situaciones de injusticia intolerables y de los regímenes políticos que las mantienen”.⁴

La mayoría de la inmensa multitud de pobres de América latina son hijos e hijas de la Iglesia que, además, la sostienen cotidianamente con su fe sencilla, y esperan de sus pastores una cercanía solidaria, una opción sin titubeos y un mensaje que los incluya. Es la misma fe de la Iglesia la que se expresa en su piedad religiosa, que constituye así un verdadero “lugar teológico eclesial”: el *sensus fidelium*. Para millones de esos pobres latinoamericanos vale lo que decía hace varias décadas el teólogo Ratzinger:

3. CONGREGACION PARA LA DOCTRINA DE LA FE, Instrucción *Libertatis Nuntius*, Roma 1984, XI, 1-2.

4. *Ibidem*, XI, 5. 18.

“En última instancia, sea en tiempos tristes, sea en épocas grandes, la Iglesia vive esencialmente de la fe de quienes son de sencillo corazón, tal como Israel vivía en virtud de ellos durante los tiempos en que el legalismo de los fariseos y el liberalismo de los saduceos desfiguraban la faz del pueblo elegido. Israel siguió viviendo en los que tenían el corazón sencillo [...] La fe de aquellos que son de corazón sencillo es el más precioso tesoro de la Iglesia; servirle y vivirlo en sí mismo, es la tarea suprema de toda reforma de la Iglesia”.⁵

La fe de esta mayoría de pobres católicos, expresada en la piedad popular, *es parte integrante* del punto de partida de toda reflexión y de toda acción pastoral –la “fe apostólica”–. Porque esa experiencia de fe del pueblo pobre es verdadera fe católica en la cual se encarna el Evangelio, y “conlleva la transmisión de los principios cristianos”.⁶ Es “una *garantía de fidelidad* al mensaje de la salvación” y “ha sido un instrumento providencial para la conservación de la fe”.⁷ Al mismo tiempo, si bien siempre puede cada vez mejor iluminada por la Revelación, “constituye un valioso e imprescindible *punto de partida* (sic!) para conseguir que la fe del pueblo madure y se haga más profunda”.⁸

De esta manera he querido proponer un marco más amplio donde puedan comprenderse sin riesgos ni prejuicios las expresiones del punto 2 de la *Notificación*, de manera que América Latina, en cordial comunión con la Iglesia universal, no deje de ofrecer el aporte de un pensamiento fecundado *desde el comienzo* tanto por la Revelación como por la experiencia creyente de su propia realidad.

VÍCTOR M. FERNÁNDEZ

19.03.07 / 25.03.07

5. J. RATZINGER, *La Iglesia en el mundo de hoy*, Buenos Aires, 1966, 121 (original alemán: *Die Letzte Sitzungsperiode des Konzils*, Köln 1966).

6. CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO Y LA DISCIPLINA DE LOS SACRAMENTOS, *Directorio sobre Piedad popular y Liturgia*, 17-12-2001, n. 63.

7. *Ibidem*, n. 64.

8. *Ibidem*, c.